

El *Buscón* como sociodrama, de Edmond Cros

JOSÉ LUIS LÓPEZ CALLE

Trama y Fondo

Cuando uno se acerca a un libro como *El Buscón como sociodrama* de Edmond Cros¹, además de tener reciente la lectura del *Buscón*, conviene:

–Bien conocer Segovia y su historia entre los siglos XII al XVII, tener muy presente qué relaciones se daban entre los grupos que componían una sociedad que podría ser el paradigma de lo que fue Castilla y devino en España, y además ser un experto en semiótica, lingüística, literatura, historia, sociología y alguna disciplina más, y reflexionar sobre todo ello con el autor a la par que se lee.

–O bien leer el libro y aprender de Cros sobre mucho de lo enumerado antes.

El resultado es ligeramente distinto. Comprenderán pues que adelantar algo de sus 317 páginas, siempre será poco. Esta reseña, sin medias tintas, quiere ser un empujón –más que una invitación– a leer el libro de Cros.

De entrada diré que se trata de un libro denso, muy denso, nada extraño en un autor que destila en cada frase multitud de textos cruzados, analizados, que vienen y van, a modo de intertextualidad amable e ineludible. Y si eso sucede en cada frase, no hablemos de cada párrafo o página.

Edmond Cros se acerca al *Buscón* de Quevedo desde tres vertientes; la semiótica, la histórica, y la sociológica. De su cruce resulta un interesante compendio de saber, de un entender una sociedad concreta en un momento histórico particular.

La cita que reproducimos a continuación es extensa, y merece la pena leerla porque abre un paréntesis y también porque es el mejor resumen del libro que se me ocurre. En la página 43, sólo 12 páginas tras empezar el capítulo primero, leemos que:

“... la instancia narradora denuncia como chivo expiatorio al converso de judío, sugiere su expulsión social y su muerte

¹ Editorial Universidad de Granada, 2006.

ritual. Esta superposición de un rito más bien de exorcismo (...) y de un rito esencialmente redentor como la Pasión de Cristo en una práctica ideológica como el auto de fe, puede aclarar ciertos aspectos de las prácticas de la Inquisición (...). Creemos poder percibir (...) la coincidencia de los dos referentes de la palabra "judío"; el primero alude al carácter judío de un Cristo redentor que, aunque asume todos los pecados del mundo, sigue distanciado de ellos; el segundo, al converso renegado que, en sí mismo y de por sí, encarna el Mal y a quien, como tal, se debe exorcizar. (...) En el converso, la Inquisición exorciza la naturaleza judía de Cristo.

Esta misma difracción opera en todo el Buscón (...). El narrador converso parodia a Cristo en cuanto su misma persona es una viva parodia del Redentor.

Y en la pág. 258 se cierra el paréntesis;

"Por tanto el suplicio de las víctimas de la Inquisición desempeñaría la misma función social (...) que la Pasión de Cristo (...).

(...) Consta, por tanto, que de una misma práctica emergen dos discursos, de los cuales uno es de tipo revolucionario mientras que el segundo es de tipo represivo".

Tras una aseveración con tanto peso, sigue la Conclusión. De todas formas ya es bastante concluyente el que nada más comenzar se inicie un paréntesis, cerrado justo antes del cierre, y precisamente para poder concluir, justificando el uso de las herramientas de la semiótica para acercarse a una realidad social y política "producto de la interferencia de lo transhistórico y transcultural (...) con la interdiscursividad".

Así, el libro es el contenido de ese paréntesis, el análisis del *Buscón* con todas esas herramientas.

Podríamos decir que, para Cros, el texto de Quevedo resulta un fingimiento

de un fingimiento², un texto casi kitsch, en una sociedad casi kitsch, una España –su modelo sería su referente, Castilla– en la que, a pesar de haber pasado cien años desde la expulsión de los judíos, la fractura social que ésta operó marca notablemente desde los acontecimientos sociales hasta la propia creación intelectual.

Si no he entendido mal a Cros, al decir que el texto del maestro es una parodia parodiada, esta doble parodia debe tratarse de una estratagema para plasmar ese discurso revolucionario salvando –esquivando– el discurso represivo al que toda publicación debía someterse antes de salir a la luz, esto es, la censura de la Inquisición (ver páginas 43 a 48).

Y no podemos dejar de sorprendernos por el hecho de que sean sendos hispanistas franceses³ los que, en poco menos de un año, saquen a la luz este metadiscurso por el que nuestros clásicos escriben casi⁴ en clave y que ambos lleguen a la siguiente conclusión; que las obras maestras de los maestros del Siglo de Oro encubren un discurso socio-político esquivando a la Inquisición.

En medio de ese paréntesis, Cros despliega gran parte de sus saberes. El que más llama la atención es cómo usa las sábanas de analogías que encuentra –y subráyese esto porque sólo es fácil de ver tras pasar por la agudeza de Cros– entre el *Buscón* y los discursos del carnaval físico que acontecen en la Segovia coetánea a Quevedo, y cómo aplica los textos de Bakhtine al respecto, pero también de Spitzer –del que cita que "Quevedo parece haber captado el carácter ilusorio de la lengua que no hace nada más que generar apariencias" (p. 68).

El eje conceptual máscara-desenmascaramiento conlleva al hecho de que "El

2 "En realidad el *Buscón* es una parábola de la imitación parodiada" (p. 174) o "(...) reivindicando orígenes y raíces culturales que (...) se les reprocha querer ocultar." (p. 202).

3 Véase *El Persiles deco-dificado* de Michael NERLICH, Hiperión, 2005.

4 Entiéndase el casi al amparo del discurso crosiano de la página 264, último párrafo de la Conclusión; "Como producto de un circuito de comunicación, el texto auténtico no se puede reducir al texto impreso."

discurso engaña en la medida en que los personajes lo han usurpado" (p. 79).

Es notable, en este contexto, que un semiólogo dedique un apartado entero al "Vacío del significado y la marca negativa del signo" (p. 84 a 100), con la valentía explícita de interrogarse por "¿Cómo coincide el estatuto del signo con un trazado ideológico?" (p. 86) e incluso de definir "sistema semiológico" como "un mensaje juntamente codificado y descodificado, lo cual nos permite estudiar las relaciones que existen entre el objeto y su representación" (p. 88) teniendo como premisa el juego de parodias escenificado entre el Buscón y el Carnaval.

No extraña pues que "La Escritura comenta y permite comentar el Mundo" (p. 90) y viceversa, pasaje que, junto a la cita de Spitzer, induce a concebir el lenguaje como un espejo en el que objeto y signo son interdependientes.

En este capítulo en particular Edmond pasea al lector por un paisaje en el que las citas y textos traídos a colación embellecen el acercamiento al lego en semiótica; baste traer al caso las citas que hace del Quijote, Foucault y cómo –¿sin querer –pues no lo menciona–?– remite al espejo deformante valleinclanesco haciendo de Quevedo un precursor del esperpento.

De hecho en la página 95 –y alrededores– encontramos un verdadero análisis de la quiebra entre el mundo en dos puntos de vista, en el que las palabras son o parecen, conforman o deforman. Como punto central del paréntesis al que aludíamos antes, estaría muy bien ponerlo en relación. Pero eso ya lo hace Cros.

El Capítulo Tercero lo dedica a la arquitectura narrativa y quizá sea en este

apartado donde es especialmente útil tener frescas las teorías narrativas propuestas por González Requena⁵ y que imbrican a Propp y a Freud, pero sobre todo en el particular sobre el funcionamiento de la identificación del lector del texto con el/los personaje/s del mismo. En este capítulo, encuentran su anclaje la falla entre el ser y el parecer, y su relación con el merecer; "(...) se trata esencialmente de un problema de reconocimiento y de admisión por y en un grupo social determinado." (p.131).

A colación de este asunto, transcribo los apuntes que tomé al natural, a la altura de la página 132; "Interesante asunto este del conocer y el reconocer (¿núcleo temático?). Está íntimamente relacionado con el ser y el parecer, el carnaval, y con la obligación de ser "por decreto" lo que uno no es, teniendo así que aparentar ser cristiano, es decir, aparentar que se cree que con creer en Cristo Redentor es suficiente, de donde la parodia parodiada y el doble fingimiento".

Parafraseándole, Cros apunta en la buena dirección cuando nota que Coronel, famoso linaje de conversos, es el único que no se preocupa por la ascendencia –poco limpia– de Pablos, o que precisamente empatiza con él por ese motivo.

La Segunda Parte del libro se lee rápido, porque el título "Génesis histórica y antropológica de las estructuras textuales" le viene al pelo. Por no detenerme –y deje pronto el lector esta reseña y empiece pronto la (re)lectura del Buscón y del análisis de Cros– diré que las implicaciones políticas son inevitables, y tomemos como ejemplo la nota al pie nº 36 de la página 172, que transcribo; "Este juego imaginativo es la realización textual de las contradicciones históricas entre la estructura económica y la superestructura jurídico-política."

⁵ Véase la Segunda Parte del libro *Clásico, manierista, postclásico*, J. GONZÁLEZ REQUENA, Castilla Ediciones, 2006

Insisto en que la lectura es mucho más divertida, sobre todo si a uno le gusta la historia y –atención– la teoría de la representación, porque Edmond Cros permite al lector regocijarse con el análisis que hace de las representaciones de las procesiones de carnaval, de los autos de fe y de los fastos de bienvenida al rey, poniéndolos en relación entre sí pero también con la obra de Quevedo y por ende, cerrando el paréntesis, con la historia socio-político-económica de la Castilla de los Siglos XIV al XVII.

El libro, más que un estudio exhaustivo sobre la obra picaresca de Quevedo –que lo es–, podría ser una introducción para el interesado por la literatura y el arte españoles de la época, de la sociedad y la historia, porque quien llegue al final del libro sentirá la necesidad de saber qué más obras iban en esa dirección. Ya hemos anotado que una buena manera de seguir es con *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, de Cervantes, y el análisis de Nerlich.

Y lo mejor de todo es que, como todo buen libro, *El Buscón como sociodrama* es un libro que no termina en sí mismo, sino que abre muchas más interrogantes que las que cierra. Y uno se pregunta tantos porqués que el apuntar alguno no deja de ser una pedertería.

Cros marca una coda a la que habría que volver en cada subanálisis y a la que remitirá cada por qué que el lector se termine haciendo, al decir, citando a Henry Méchoulan, que *"los hebreos son el eje de referencia de la historia religiosa y contemporánea de España (...)"* (p. 209). Además de tener razón, más de la mitad del libro tiene expresamente a los judíos o los conversos como centro del discurso. Es lógico que el paréntesis contenga la explicación de lo que lo introduce y lo cierra.

Y así terminemos con el cierre de Cros del paréntesis, y con él, del análisis –propriadamente dicho– del Buscón y lo que encierra;

"Por tanto el suplicio de las víctimas de la Inquisición desempeñaría la misma función social (...) que la Pasión de Cristo (...).

(...) En la textura de las tradiciones populares españolas hemos reconstruido un texto transhistórico (...), pero por este se infiltra otro discurso que transcribe un contexto sociohistórico que contamina, invierte y pervierte el significado y el alcance del rito original.

Consta, por tanto, que de una misma práctica emergen dos discursos, de los cuales uno es de tipo revolucionario mientras que el segundo es de tipo represivo".